

Despersonalización de la flor¹

Isabel Escudero

Diálogo entre las ánimas de María Zambrano y Simone Weil.

Puestos a imaginar, vamos a imaginar un diálogo póstumo entre María Zambrano y Simone Weil. Dos mujeres raras y singulares. Ambas tocadas del pensar filosófico, heridas de la razón y de la tisis... Ellas se vieron una sola vez. Fue en 1937, en plena guerra civil española, en Valencia. María, impecablemente vestida (como era habitual), Simone, vestida de miliciana. María había regresado de Santiago de Chile donde residía con su marido. A la pregunta de un periodista acerca de por qué volvían si la guerra ya estaba perdida, María le contestó: "Precisamente por eso"². La Zambrano ocupa en esos momentos el cargo de Consejero Nacional de Propaganda y de la Infancia evacuada y la Weil –ya enferma y soltera de sí misma- viene escopeta en ristre a luchar por el Bando Republicano.

Ahora, de nuevo, las ánimas de María y Simone se vuelven a encontrar. Es cielo de nadie, una especie de limbo donde esperan el advenimiento de los Santos Padres. Desde allá se puede ver lo que pasa por acá abajo. Están como en el momento del despegue de este Mundo, el ánima de Simone casi una muchacha todavía, pálida y flaca, mira atenta tras los cristales de sus gafas. El ánima de María, anciana, sentada y elegante, se entretiene en echar invisibles miguitas a imaginarios gatos.

María.- ¿Has visto, Simone, cuanto personal por ahí abajo rebullendo de acá para allá?

Simone.- Perdona, María, pero no veo mas que autos...

¹ Hemos tomado para la reconstrucción de este diálogo fragmentos de "Persona y Democracia". Fundación María Zambrano. 1958 y Editorial Siruela, 1996 y de "La persona y los sagrado" de Simone Weil, Cuadernos de Londres. Ediciones Gallimard y Editorial Trotta, 2001.

² Cronología de Jesús Moreno Sanz en "La Razón en la sombra", (Editorial Siruela, 1993) de donde tomamos algunos datos biográficos.

María.- Claro, hija, autos, pero cada uno lleva una almita dentro, una persona libre que...

Simone.- Pero María, todavía sigues con las mismas, desengáñate, no hay nada dentro diferente a lo de afuera: el auto ese que ves, esa es la persona, esa cáscara es su alma personal... Ya sé que antaño hacías distinguos entre "individuo" y "persona". Pero con la que ha caído desde entonces... ¿No eras tú la que decías que la persona es la parte del individuo que se resiste al sacrificio de asimilación del Estado?... Pues, toma, ahí la ves, ahí tienes el ejemplo más eximio de la persona esclava que encima está convencida de que eso es la libertad y que todo ese tráfico insensato en el que se le va la vida ella lo ha elegido libremente por gusto personal... ¡Ni siquiera los dioses más fieros exigieron tan sangriento sacrificio!

María.- ¡Ay, Simone! Tú siempre tan desconfiada... Y un poquito luciferina con tu aire de monjita. ¡Qué soberbia tiene la niña! Querías acabar con las palabras en cuanto se te volvían turbias. Sí, recuerdo, ya entonces eso de la Persona te resultaba sospechoso... para ti lo sagrado era precisamente lo impersonal... Hermosas tus palabras, Simone, pero terribles. Recuerdo cuando proclamabas con el gesto de adolescente airada: "Quien ha penetrado en el dominio de lo impersonal encuentra allí una responsabilidad hacia todos los seres humanos. La de proteger en ellos, no la persona, sino todo lo que la persona reviste de frágiles posibilidades de pasaje a lo impersonal... Todo aquello que es impersonal en el hombre es sagrado, y sólo eso".

Pero, mira niña, eso que tu atacabas es el individuo, la persona es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo y que se entiende a sí mismo como valor supremo... El ser individuo comenzó por ser un privilegio que hundía sus raíces en lo sagrado. Se era uno por privilegio divino y, por tanto, un ser aparte... Pero después con los griegos, ya sabes, ese carácter descendió al común, se encarnó en cualquier ciudadano libre...

Simone.- Pero ¿qué ganas con hacer esos distinguos entre individuo y persona? Por qué querer salvar a la Persona por medio del distinguo. Cuando se ataca la Realidad – y tú fuiste brava en eso- hay una diferencia esencial entre decir No a secas, sin condescendencia alguna, y la contemplación conservadora -por muy bien intencionada que sea-, de salvarla y de paso de salvarse uno, eso no deja de ser un apaño personal, y por tanto un engaño. Mira, María, cuando las palabras se pudren, o las toma el enemigo, hay que dejárselas e inventar otras o usar otras menos prostituidas. (No han de dolernos prendas). Y ya ves, una de esas palabras -cada vez más falsa- es la de Persona, otra la de Democracia... Si el elemento está dañado ¿qué se puede esperar del conjunto?. Multiplicación del daño y el error. Ya cuando nos encontramos en vida tú y yo en aquella triste guerra española, el error ya venía implantándose en todo Occidente. Claro que con tanta catástrofe amenazando, cualquiera se acogía a un ideal tranquilizante. Pero hasta ya empezaban a ser términos sospechosos, y no digamos, ahora bajo unas cuantas décadas de consolidación del Régimen del Bienestar, en qué han ido a parar eso de Persona y Democracia... Asómese, asómese ahí abajo, señora: en nombre de la Democracia se siguen produciendo idénticos desmanes que bajo las Dictaduras, pero encima por consenso y votación popular... Y la Persona, desengáñese usted, Marie, la Persona es eso que vemos bullir entre el ruido por allá abajo: autos personales, móvil personal, ordenador personal, el Mercado bien lo sabe y todo son “atenciones personales” para venderte lo mismo que a tu vecino...Esas son las personas, como su nombre dice: máscaras...

María.- Sí, esos son las máscaras, Simone, las máscaras protectoras del miedo. La Democracia como régimen ha de ser la expresión, la resultante de la sociedad democrática. Sociedad que se irá logrando en la medida en que la visión del hombre vaya adquiriendo una visión más justa de su propia realidad y, a través de ella, de la realidad toda, le vaya perdiendo el temor. Pues se diría que la necesidad de descubrir lo real y de enfrentarse con ello, ha tenido que luchar desde siempre con un pá-

nico a la realidad. En todo hombre se libra esa batalla y en toda sociedad también...Y hasta ahora el proyecto de vida democrática es el que entre todos aparece más libre de este temor ancestral...

Simone.- O sea, que usted también –como decía el otro- lo reconoce como el mal menor. (Ese es el peor oficio de las Dictaduras, el hacer luego soportable cualquier tipo de gobierno). Que digan eso los políticos a los que el cargo y la figura dependen de esa fe, vale, pero usted señora, comadre de Antígona y de Diotima de Mantinea y de Eloisa, que usted espere de ese mal algo bueno, usted que tan astutamente hurgó en los recovecos del alma... No siente usted, como yo, que la Realidad toda es falsa, al menos por su pretensión de ser todo lo que hay, y que desde ahí dentro, desde la realidad no hay más remedio que ser “realistas” y en el mejor de los casos no se pueden hacer más que reformitas bienintencionadas que van a servir fundamentalmente para que perdure más el Régimen...Que hay que abandonar todo eso, María, y ya veremos a ver qué pasa... Que no hay otra Democracia buena, otra Persona buena, otra Realidad verdadera...Que nuestra esperanza y nuestro miedo se aferran a ese mal imaginado como menor porque le tenemos miedo a lo desconocido...Lo desconocido de verdad, eso quizá eso sea lo bueno. Sencillamente lo desconocido, sin amenazas de caos ni de ancestros fatales; que no nos atemoricen con otros males, con fantasmas lejanos, con otras épocas históricas, bastan los que padecemos aquí y ahora. El miedo peor es a esto que conocemos. A eso que ve usted ahí abajo y que a trece años ya de su muerte y a sesenta de la mía, es el progreso de la administración de muerte y el florecimiento de la mentira...

María.- Dices bien, pero no hay por qué entregar el término al enemigo, hay más bien que limpiarlo de la cizaña: iluminarlo. La cuestión no es la de aceptar o no esta situación de vivir prisionero de la Historia. Se puede decir sí, pues que a todo es posible decirlo en efecto. Se trata de ver si este “sí” corresponde a la realidad de la vida humana. Y aún la queja angustiada de alguien que dijera: “en ese caso la persona quedaría asfi-

xiada, y el hombre separado de sí mismo, deshumanizado", cabría contestar que se trata de una presuposición: que la persona humana no existe y que, por tanto, su suerte no debe de preocuparnos; o bien que existe, y que es renunciable.

Hasta cuando se pide el sacrificio de la individualidad y no sólo de la vida, se reconoce el valor del individuo como tal. Y cuando se fabrica una máscara, una figura con ciertas características, un personaje cargado de ciertas culpas, una máscara en efecto, se le concede la existencia de la persona humana, en su doble sentido: en el sentido de que la persona existe como figura actuante, y de que existe moralmente, pues se carga de faltas, se le hace responsable y digna de ser castigada: se le reconoce y se le eleva a la categoría de culpable. Y todavía más: se hace apelación a ella cuando se le pide que se sacrifique, pues sólo la persona es capaz de sacrificio... Pues siempre que se exige un sacrificio se reconoce y afirma lo sacrificado. Y se reconoce depender de ello en alguna forma... Si los dioses de las religiones de sacrificio humano hubieran sido dioses de verdad, ese su exigir hubiera sido "descender". Y así cuando el sacrificio lo pide el Dios verdadero, es él quien desciende. (Él se hizo hombre en la persona de Cristo, descendió y se encarnó en mortal)...

¿Qué es lo que hay en la persona humana para que el Estado y la Sociedad exijan su sacrificio? Al exigirlo, reconocen su existencia y su supremo valor, más radicalmente aún, su realidad. Mas lo hacen de una forma extraña: a la inversa... En todo sacrificio hay inversión: lo que más vale se sacrifica: lo real se sacrifica por algo que al necesitarlo no es real en ese sentido. En los Dioses que devoraban el corazón humano y necesitaban el cráneo como blasón de su imagen se trataba de una humanización de lo divino. Solamente cuando se revela lo divino como persona, el sacrificio humano cesa. El hombre comienza a ser libre. Y los dioses griegos que pedían tan parvos sacrificios se revelan en la tragedia, lugar del sacrificio en Grecia, como impotentes. El oráculo de Apolo anuncia el destino de Edipo, que es sacrificado o acabará en sacrificio. ¿A qué

va dirigido ese sacrificio?. A algo más hondo, a un abismo sobre el cual los dioses danzaban sin poder descender. El hombre estaba solo. También hay un carácter invertido de los sacrificios de nuestros días. Pues se exige aquello que se niega: la persona, cuya existencia se desconoce...

Simone.- Pero cuando Cristo clavado en la Cruz, descendido por amor a los hombres, desde lo divino, verbo encarnado, grita: ¿por qué se me hace mal? lo hace desde el corazón mismo de la desgracia, que es el corazón común en soledad y abandono del Padre, y donde él ya no es ni persona ni hijo de Dios. Su grito es impersonal. No brota por una agresión a su persona, brota del padecimiento de una injusticia, brota del dolor de un daño sin razón, de un sacrificio inútil...

María.- No tan inútil, Simone, es un sacrificio de Amor al Padre. Acatar su voluntad y su ley.

Simone.- Maldito el Amor que se alimenta de la muerte de la vida, maldito el Amor que no llora del mismo dolor, como Antígona, al hermano traidor y al hermano patriota...

María.- Sí, niña, ya siento que tal como ella sufría, tu impía piedad tampoco te deja consuelo ni te permite distracción alguna. Pero la vida es dramática. La vida humana es la entrada en la máscara, es la entrada en un papel. Lo primero que al hombre se le parece haber concedido es una especie de vocación, para darse a conocer; una salida por donde asomarse a tener un nombre; un tiempo para buscarse, una pausa para reconocerse y reconocer, para identificarse. Un tiempo y un lugar sobre la vida animal y vegetal que no tolera pausa, ni salida. Y esa necesidad de identificación y enmascaramiento la proyectamos en todo lo que ven nuestros ojos. Incluso cuando asistimos a el espectáculo de una planta que pierde sus flores y hojas, es como si viéramos el de la caída de las máscaras y el desceñirse las vestiduras de los actores de un drama. Un juego que acaba: una magia que se desvanece.

Simone: Sí, el miedo de la muerte futura, esa que no está nunca ahora, ese miedo es el de que de verdad nos paraliza, nos mata y no nos deja ver limpiamente. Y llegamos a atribuirle a los desconocido, hasta a las

plantas y flores, nuestros miedos y nuestras pobres ideas. Y quizá justo sea al revés, querida María, que la despersonalización de la flor sea precisamente la vida de la flor.

.....

Y aquí las dejamos a las dos, María y Simone, enzarzadas en un diálogo interminable, desde más allá de la Realidad, dando viva voz a la contradicción.